

mahmen (n.). Madre. Utilizado para efectos de identificación y también como término afectivo.

mhis (n.) El ocultamiento de un entorno físico determinado; la creación de un campo de ilusión.

nalla (f.) o **nallum** (m.) (n.). Amada o amado.

newlin (n.). Virgen.

Ocaso, el (n. pr.). Ámbito atemporal donde los muertos se reúnen con sus seres queridos y pasan a la eternidad.

Omega, el (n. pr.). Figura malévola y mística, orientada a la extinción de los vampiros, debido a su resentimiento hacia la Virgen Escribana. Existe en un ámbito atemporal y tiene grandes poderes, aunque no el de la creación.

periodo de necesidad (n.). Periodos de fertilidad de una vampiresa, que generalmente duran dos días y que cursan con un intenso deseo sexual. Se presentan aproximadamente cinco años después de la transición de una vampiresa y cada diez años a partir de ese momento. Todos los machos responden en algún grado si están cerca de una hembra durante este periodo. Puede ser un tiempo peligroso, en el que se presentan conflictos y peleas entre machos competidores, particularmente si la hembra no se ha apareado.

phearsom (ad.). Término que alude a la potencia de los órganos sexuales masculinos. Es la traducción literal de algo parecido a «digno de entrar en una hembra».

Primera Familia (n. pr.). El Rey y la Reina de los vampiros y los hijos que puedan tener.

princeps (n.). El más alto nivel de la aristocracia de los vampiros, sólo inferior a los miembros de la Primera Familia o a las Elegidas por la Virgen Escribana. Es un título hereditario que se adquiere sólo por nacimiento y no puede conferirse.

pyrocant (n.). Se refiere a una debilidad extrema en un individuo, la cual puede ser interna (como una adicción), o externa (como un amante).

restrictor (n.). Humano desprovisto de alma y perteneciente a la Sociedad Restrictiva que se dedica a exterminar vampiros. Los restrictores sólo mueren si reciben una puñalada en el pecho; de lo contrario son inmortales. No comen ni beben y son impotentes. Con el paso del tiempo, su cabello, piel e iris pierden pigmentación y se vuelven rubios, pálidos y de ojos apagados. Huelen a talco para bebés. Integrados a la Sociedad por el Omega, conservan su corazón extirpado en un jarrón de cerámica.

rythe (n.). Fórmula ritual de honrar a un individuo al que se ha ofendido. Si es aceptada, el ofendido elige un arma y ataca con ella al ofensor u ofensora, quien no opone resistencia.

sehclusion (m.). Estatus conferido por el rey a una hembra de la aristocracia. Coloca a la hembra bajo la dirección exclusiva de su ghardian, que por lo general es el macho más viejo de la familia y tiene el derecho de determinar todos los aspectos de la vida de la hembra, pudiendo restringir a voluntad sus relaciones con el mundo.

shellan (n.). Vampiresa que se ha apareado con un macho. Generalmente las hembras no toman más de un compañero debido a la naturaleza altamente territorial de los machos.

Sociedad Restrictiva (n. pr.). Orden de asesinos o verdugos convocados por el Omega con el propósito de erradicar la especie de los vampiros.

sympath (n.). Subespecie dentro del mundo de los vampiros, caracterizada por la capacidad y el deseo de manipular las emociones de los demás (para efectos de intercambio de energía), entre otros rasgos. En términos históricos han sido discriminados por los vampiros y perseguidos por éstos en ciertas épocas. Están al borde de la extinción.

trahyner (n.). Palabra utilizada entre los machos en señal de respeto mutuo y de afecto. Puede traducirse como «querido amigo».

transición (n.). Etapa crítica en la vida de un vampiro en la que éste o ésta se transforma en adulto. A partir de entonces, deben beber sangre del sexo opuesto para poder sobrevivir; no son resistentes a la luz solar. Esta etapa se presenta generalmente alrededor de los veinticinco años. Algunos vampiros no sobreviven a su transición, especialmente los machos. Antes de la transición, los vampiros son físicamente débiles, no tienen conciencia ni respuesta sexual, y son incapaces de desmaterializarse.

Tumba, la (n. pr.). Cripta sagrada de la Hermandad de la Daga Negra. Es utilizada como lugar ceremonial y también para guardar las jarras de los restrictores. Allí se realizan, entre otras ceremonias, inducciones, funerales y acciones disciplinarias contra los hermanos. Nadie puede entrar, excepto los miembros de la Hermandad, la Virgen Escribana o los candidatos a la inducción.

vampiro (n.). Miembro de una especie separada del *Homo sapiens*. Los vampiros tienen que beber sangre del sexo opuesto para sobrevivir. La sangre humana los mantiene vivos, pero la fuerza así adquirida no dura mucho tiempo. Tras la transición, que ocurre a los veinticinco años, son incapaces de salir a la luz del día y deben alimentarse regularmente. Los vampiros no pueden «convertir» a los humanos por medio de un mordisco o una transfusión sanguínea, aunque en algunos casos son capaces de procrear con la otra especie. Pueden desmaterializarse a su voluntad, aunque deben ser capaces de calmarse y concentrarse para hacerlo, y no pueden llevar consigo nada pesado. Son capaces de borrar los recuerdos de las personas, pero sólo los de corto plazo. Algunos vampiros son capaces de leer la mente. Su esperanza de vida es superior a mil años, y en algunos casos, incluso más.

Virgen Escribana, la (n. pr.). Fuerza mística consejera del Rey en calidad de depositaria de los archivos vampirescos y dis-

pensadora de privilegios. Existe en un ámbito atemporal y tiene grandes poderes. Puede ejecutar actos de creación mediante los cuales les otorga la vida a los vampiros.

wahlker (n.). Individuo que ha muerto y regresado a la vida desde el Fade. Se les respeta mucho y son venerados por sus tribulaciones.

whard (n.). Guardián de una hembra recluida.

CAPÍTULO

1



Qué pensarías si te digo que he tenido una fantasía? Butch O'Neal soltó su whisky y miró a la rubia que le había hablado. Vista contra el fondo de la zona vip del ZeroSum, era un espectáculo digno de observar, vestida con tiras de cuero blanco, un híbrido entre Barbie y Barbarella. Resultaba difícil saber si era una de las profesionales del club. El Reverendo sólo traficaba con lo mejor, pero quizá era una modelo de *FHM* o de *Maxim*.

La chica puso las manos sobre la mesa de mármol y se inclinó hacia él. Sus senos eran perfectos; lo mejor que el dinero podía comprar. Y su sonrisa era radiante, una promesa de actos de lo más estimulante. Pagada o no, era una mujer con mucha vitamina D, y le gustaba.

—¿Qué me dices, cariño? —le dijo mientras sonaba la música tecno—. ¿Quieres hacer realidad mis sueños?

Él le lanzó una sonrisa dura, seguro como que existía el infierno de que ella iba a hacer feliz a alguien esa noche. Probablemente a todos los pasajeros de un autobús de dos pisos. Pero él no se iba a montar en él.

—Lo siento. Tendrás que ir a otro sitio si quieres ver el arco iris.

La total falta de reacción reveló su condición profesional. Con una sonrisa vacía, ella pasó a la mesa siguiente y exhibió la misma actitud.

Butch echó la cabeza hacia atrás y apuró su vaso. Llamó a una camarera, que no se acercó a preguntarle qué quería; simplemente asintió y fue a la barra a conseguirle otra copa.

Eran casi las tres de la mañana y el resto de la troika llegaría dentro de media hora. Vishous y Rhage habían salido a cazar restrictores, esos desgraciados sin alma que mataban a su especie, pero probablemente los dos vampiros se iban a llevar una gran decepción. La guerra secreta entre su especie y la Sociedad Restrictiva se había apaciguado durante los meses de enero y febrero, con algunos asesinatos esporádicos en los suburbios. Buenas noticias para la población civil y motivo de preocupación para la Hermandad de la Daga Negra.

—Hola, poli.

La voz baja y masculina procedía de detrás de la cabeza de Butch. Sonrió. Ese sonido siempre le hacía pensar en la niebla nocturna, aquella que oculta lo que puede matarte. Lo bueno es que a él le gustaba el lado oscuro.

—Buenas noches, Reverendo —dijo sin darse la vuelta.

—Sabía que ibas a rechazarla.

—¿Acaso lees la mente?

—Algunas veces.

Butch lo miró por encima del hombro. El Reverendo estaba suspendido en las sombras. Sus ojos de amatista resplandecían. Su traje negro era elegante e impecable: Valentino. Butch tenía uno igual.

Aunque en el caso del Reverendo, el traje había sido comprado con su propio dinero. El Reverendo, también conocido como Rehvenge, y hermano de Bella, la shellan de Z, era el propietario de ZeroSum y recibía un porcentaje de todo lo que se movía allí dentro. Diablos, con toda la depravación que se vendía en el club, al final de cada noche debía reunir una buena cantidad de billetes para engordar la cuenta del cochino banco.

—No; ella no era para ti. —El Reverendo se deslizó en la cabina, arreglándose su corbata Versace, perfectamente anudada—. Y sé por qué le dijiste que no.

—¿Ah, sí?

—No te gustan las rubias.

—Simplemente puede que no estuviera interesado en ella.

—Yo sé lo que te gusta.

Otro whisky llegó y Butch lo vació con un rápido movimiento.

—¿En serio?

—Es mi trabajo. Confía en mí.

—No te molestes, hoy no estoy para eso.

—Te diré algo, poli. —El Reverendo se inclinó; olía muy bien: se había echado Cool Water, de Davidoff, una loción clásica pero buena—. De todos modos te ayudaré.

Butch le dio una palmadita en sus fuertes hombros.

—Sólo me interesan las camareras que atienden la barra, compañero. Las buenas samaritanas me producen escalofríos.

—A veces provocan la reacción contraria.

—Entonces estamos jodidos. —Butch asintió y miró a la multitud semidesnuda que inhalaba X y cocaína—. Aquí todos parecen iguales.

Qué curioso, durante sus años en el Departamento de Policía de Caldwell, el ZeroSum había sido un enigma para él. Todos sabían que era un antro lleno de drogas y de tráfico sexual. Pero nadie del DPC había sido capaz de encontrar indicios suficientes para obtener una orden de registro, aunque casi cada noche había decenas de infracciones legales, por lo general una tras otra.

Pero ahora Butch estaba con la Hermandad, y sabía por qué. El Reverendo guardaba muchos pequeños trucos en la manga cuando se trataba de alterar la percepción que las personas tenían sobre los hechos y sus circunstancias. Como era un vampiro, podía interferir en la memoria de cualquier humano, manipular cámaras de seguridad y desmaterializarse, si así lo deseaba. Este tío y su negocio eran un blanco móvil que nunca se movía.

—Dime algo —dijo Butch—. ¿Qué has hecho para que tu aristocrática familia no se haya enterado del trabajito nocturno en el que andas metido?

El Reverendo sonrió, mostrando tan sólo las puntas de sus colmillos.

—Dime algo tú: ¿cómo pudo un humano involucrarse tanto con la Hermandad?

Butch le dio un golpecito al vaso en señal de deferencia.

—Algunas veces el destino te lleva por direcciones muy jodidas.

—Es cierto, humano; muy cierto. —El Reverendo se levantó cuando el móvil de Butch empezó a sonar—. Te enviaré algo.

—A menos que sea un whisky, no quiero nada.

—Retirarás lo que acabas de decir.

—Lo dudo. —Butch abrió su teléfono móvil—. ¿Qué pasa, V? ¿Dónde estás?

Vishous jadeaba como un caballo de carreras entre el bramido sordo de la distorsión del viento.

—Mierda, poli. Tenemos problemas.

La adrenalina de Butch se disparó, iluminándolo como un árbol de Navidad.

—¿Dónde estás?

—En las afueras, con un asunto. Los malditos verdugos han comenzado a cazar civiles en sus hogares.

Butch se levantó de un salto.

—Voy para allá...

—Por supuesto que no. Quédate donde estás. No te preocupes. Sólo te llamo para que no vayas a creer que estamos muertos. Nos vemos más tarde.

La comunicación se cortó.

Butch se arrellanó en el asiento. El grupo que estaba en la mesa de al lado hacía un ruido alegre, con bromas compartidas, sus risas como cantos de pájaros irrumpiendo en el aire.

Butch miró su vaso. Seis meses atrás no tenía nada en la vida. Ninguna mujer. Ni familia. Por no hablar de un hogar. Y su trabajo como detective de homicidios lo estaba devorando vivo. Después lo habían despedido, acusado de brutalidad policial. Cayó en la Hermandad gracias a una extraña serie de acontecimientos. Y había conocido a la primera y única mujer que lo había embobado. También había renovado por completo su guardarropa.

Por lo menos esto último era de buena calidad.

Al principio, la novedad de su cambio de vida le hizo ignorar la realidad. Pero últimamente era más consciente de ella, aunque sabía que, a pesar de todas las diferencias que lo separaban de sus actuales compañeros, él no había cambiado tanto: se sentía como siempre, tan muerto como cuando se pudría en su vida pasada.

Pensó en Marissa y se imaginó su cabello rubio, que le llegaba a las caderas. Su tez pálida. Sus ojos azules y claros. Sus colmillos.

No, normalmente las rubias no eran para él. No se excitaba ni lo más mínimo con las de cabello claro.

¡Al diablo con todas! No había ninguna mujer en ese club, ni sobre la faz del planeta, que le llegara a Marissa ni a la suela de los zapatos. Ella era pura como un cristal, toda la luz se reflejaba en su ser, y la vida de los que la rodeaban era mejor, más viva y colorida debido a su gracia.

¡Mierda! Era un idiota redomado, un pobre diablo sin agallas.

Claro, ella había sido completamente adorable. Durante el corto tiempo en que parecía haber sentido atracción por él, Butch albergó la esperanza de que algo pudiera suceder. Pero de repente desapareció. Lo que obviamente demostraba que era lista. Él no tenía mucho que ofrecerle a una hembra como ella, y no sólo porque fuera simplemente un humano. Se sentía como un paria, nadando entre dos aguas, sin pertenecer a ningún sitio. No podía integrarse en el mundo de los vampiros y tampoco podía retornar al mundo de los humanos, porque sabía demasiado. Y la única forma de salir de este terrenal desierto y movedizo era con un empujón.

¿Era acaso un verdadero luchador, como sus amigos, o qué?

El grupo de la mesa de al lado se sumergió en una nueva explosión de alegría. Hubo una descarga de gritos y risas. Butch los miró. En el centro del grupo había un tío rubio y bajito, con un traje elegante. Aparentaba unos quince años, pero llevaba más de un mes frecuentando la sección vip, derrochando dinero como quien lanza confeti.

Obviamente, el tipo compensaba sus deficiencias físicas con el poder de su billetera. Otro ejemplo del dinero transformándolo todo.

Butch terminó su whisky, llamó a la camarera con una seña y miró el fondo de su vaso. ¡Mierda! Después de cuatro whiskies dobles no se sentía mareado en absoluto, lo que hablaba muy bien de su tolerancia al alcohol. Sin ninguna duda, ya era un alcohólico avanzado. Sus días de borracho *amateur* ya eran cosa del pasado.

Ya no estaba nadando entre dos aguas. Ahora se estaba ahogando.

Pero ¿por qué tenía esos pensamientos tan siniestros? ¿Acaso no andaba de juerga esa noche?

—El Reverendo dice que necesitas una amiga.

Butch no se molestó en echar un vistazo a la mujer.

—No, gracias.

—¿Por qué no me miras primero?

—Dile a tu jefe que agradezco su... —Butch la miró y cerró la boca de golpe y porrazo.

Era la jefa de seguridad de ZeroSum, una mujer increíble. Medía más de un metro ochenta, y su pelo, muy corto, tenía un asombroso color azabache. Ojos grises y oscuros como los cañones de una escopeta. Su camiseta dejaba ver el torso de una atleta, completamente fibrosa, nada de grasa. La sensación que daba era la de que podía romper huesos y disfrutar haciéndolo. Le miró las manos distraídamente. Dedos largos. Fuertes. Sin duda, de los que podían hacer daño.

¡Diablos! Le gustaría que ella lo lastimara. Esta noche deseaba que alguien le hiciera daño, para variar un poco.

La mujer sonrió ligeramente, como si supiera en qué estaba pensando él, y Butch alcanzó a distinguir sus colmillos. Ah... así que no era una mujer. Era una hembra. Una vampiresa.

El Reverendo tenía razón, maldito bastardo. Con esta tía bastaría, pues era todo lo que no era Marissa. Y también porque podía brindarle el tipo de sexo anónimo al que Butch se había acostumbrado durante toda su vida adulta. Y porque le aportaría justamente el dolor que él andaba buscando.

La vampiresa meneó la cabeza mientras Butch deslizaba una mano en su traje Black Label de Ralph Lauren.

—No lo hago por dinero. Nunca. Considéralo como un favor a un amigo.

—No te conozco.

—No eres el amigo del que estoy hablando.

Butch miró por encima de su hombro y vio que Rehvenge observaba la sección vip. El macho le lanzó una sonrisa llena de autosatisfacción y luego desapareció en su oficina privada.

—Es un gran amigo mío —murmuró la vampiresa.

—¿De verdad? ¿Cómo te llamas?

—No tiene importancia. —Ella le tendió la mano—. Vamos, Butch, también conocido como Brian, de apellido O’Neal. Ven conmigo. Olvídate por un momento de lo que te hace dar constantemente esos tragos de alcohol. Te prometo que toda esa autodestrucción te esperará hasta que regreses.

Butch no entendía de dónde le venía la desmesurada atracción que sentía por ella.

—¿Por qué no me dices tu nombre primero?

—Esta noche puedes llamarme Simpatía. ¿Qué te parece?

La miró de la cabeza a los pies. Llevaba pantalones de cuero, lo cual no era ninguna sorpresa. Le miró el pecho.

—¿Llevas coraza, Simpatía?

Ella soltó una risa grave y sonora.

—No, y tampoco soy un travesti. Tu sexo no es el único que puede ser fuerte.

Él miró fijamente sus ojos de acero y luego dirigió la vista a los servicios. ¡Cielos! Aquello le era muy familiar. Un polvo rápido con una desconocida, una colisión absurda entre dos cuerpos. Esa basura había sido lo habitual en su vida sexual desde que tenía memoria, pero no recordaba haber sentido antes aquella enfermiza desesperación, aquel deseo bestial.

Pues bien, ¿acaso iba a mantener la castidad hasta que el hígado se le estropeará de tanto beber y lloriquear? ¿Pensaba seguir haciendo eso, sólo porque una hembra no lo deseaba?

Butch notó que se empalmaba. Su cuerpo estaba ansioso de poseer a la vampiresa. Por lo menos, no estaba muerto del todo.

Butch se puso en pie, tomó aire y se decidió:

—Vamos.

* * *

Con un encantador sonido de violines, la orquesta de cámara interpretó un vals y Marissa observó a la multitud reluciente, que se agrupaba en la pista de baile. A su alrededor, machos y hembras se unían con las manos entrelazadas, sus cuerpos se tocaban y se conectaban con las miradas. Infinidad de diferentes aromas llenaban el aire con un dulzor penetrante.

Ella lo aspiró con cuidado, tratando de inhalar tan sólo un poco.

Sin embargo, el intento fue infructuoso; así eran las cosas. Aunque la aristocracia se enorgullecía de su estilo y modales, la glymera aún seguía sujeta a las realidades biológicas de la raza, después de todo: cuando los machos se apareaban, su excitación despedía una fragancia típica, y si las hembras aceptaban a sus compañeros, su piel despedía con orgullo aquella fragancia oscura.

O por lo menos Marissa creía que era con orgullo.

De los ciento veinticinco vampiros que había en la pista de baile de su hermano, ella era la única hembra que no se había apareado. Había varios machos que tampoco lo habían hecho, pero no le iban a pedir que bailara. Era preferible que esos Princeps permanecieran sentados o sacaran a bailar a sus madres o hermanas antes que acercarse a ella.

No, ella permanecería indeseada para siempre. Una pareja que daba vueltas a su alrededor bajó la mirada instintivamente. Se desesperó otra vez. Lo último que necesitaba era que tropezaran entre sí mientras trataban de no mirarla a los ojos.

No sabía por qué esa noche, precisamente esa noche, su estatus de espectadora rechazada le resultaba tan odioso. ¡Por Dios! Ningún miembro de la glymera le había sostenido la mirada desde hacía cuatrocientos años, y ella se había acostumbrado a eso: primero había sido la shellan indeseada del Rey Ciego. Ahora era su ex shellan indeseada, que había sido desechada por Su Alteza en favor de la amada Reina mestiza.

Quizá lo que le pasaba era que se había cansado de sentirse siempre al margen.

Con las manos temblorosas y los labios apretados se recogió la pesada falda y salió a través del fastuoso arco de entrada a la pista de baile. La salvación tenía que estar fuera. Empujó la puerta del aseo femenino con una plegaria. El aire que la recibió como un abrazo olía a fresa y perfume, pero en esa invisible caricia tan sólo había... silencio.

Gracias a la Virgen Escribana.

Se relajó un poco cuando entró y miró a su alrededor. Ese cuarto de baño siempre le había parecido un lujoso camerino para debutantes. Decorado con el vívido rojo sangre de la Rusia zarista, las zonas para sentarse y arreglarse estaban equipadas con diez tocadores, y cada mesa de maquillaje tenía todo lo que

una hembra podía desear para mejorar su apariencia. En la parte posterior del salón estaban los váteres, contruidos en forma de huevos de Fabergé, de los cuales su hermano tenía una gran colección.

Un lugar perfectamente femenino. Perfectamente encantador.

Frente a todo aquello, quiso gritar.

Y sin embargo se mordió el labio y se inclinó para mirarse el pelo en uno de los espejos. El cabello rubio, que le llegaba hasta la parte baja de la espalda, estaba arreglado con la precisión de una obra de arte, en lo alto de su cabeza, y el moño estaba firmemente sujeto. Incluso después de varias horas, todo seguía en su sitio: las perlas no se habían soltado del punto en que su doggen las había trenzado antes de la fiesta.

Vivir al margen no había sido para ella un trabajo tan duro como el de María Antonieta.

Pero el collar sí estaba descolocado. Se acomodó la gargantilla plagada de perlas, de modo que la más inferior, una perla tahitiana de veintitrés milímetros, apuntara directamente hacia el pequeño escote.

El traje de noche gris era de Balmain, y lo había comprado en Manhattan en los años cuarenta del siglo XX. Los zapatos Stuart Weitzman eran completamente nuevos, aunque nadie podía verlos, pues la falda le llegaba al suelo. El collar, los aretes y los brazaletes eran de Tiffany, como siempre: cuando su padre había descubierto al gran Louis Comfort a finales del siglo XIX, la familia se había convertido en cliente leal de la compañía, y aún lo era.

Otro rasgo distintivo de la aristocracia, ¿verdad? Constancia, perfección y buen gusto en todas las cosas: el cambio y los defectos eran recibidos con desaprobación mayúscula.

Se enderezó y retrocedió hasta que pudo ver toda su figura desde el otro lado del cuarto. La imagen que la miraba era irónica: su reflejo era el de la perfección femenina, una belleza improbable, que parecía esculpida, no nacida. Alta y delgada, el cuerpo estaba formado por ángulos delicados y el rostro era absolutamente sublime, una impecable combinación de labios, ojos, mejillas y nariz. La piel era toda de alabastro. Los ojos eran de color azul plateado. La sangre que corría por sus venas era una de las más puras de la especie.